

ROLANDO BERNAL ACEVEDO (†)

Egresado de la Normal de San Marcos, Zacatecas. Fundador de La Cofradía, pedagogo por la Universidad Pedagógica Nacional y maestro en Literatura Mexicana por la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Fue profesor y director del Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes y subdirector de Educación Normal en el Instituto de Educación de Aguascalientes. Editó varios libros sobre literatura, pedagogía y educación, y le fueron publicados dos libros *post mortem* sobre su obra ensayística y literaria, publicada en diarios y revistas.

Minutos

gotean
en la
soledad
de un cuarto
donde sólo
tu presencia es real.

*

El río de palabras
se detiene un momento
vacila
luego
insatisfecho
de lo que nunca termina
concluye.

*

I
Un viejo
ojos tristes sonrisa helada
de abrigo raído y sombrero de copa
levanta la vista y mira
la fuente

destellos azules verdes rojos
el caer del agua es una canción monótona.

II
Una pareja
unos chiquillos
un hombre
un grupo de homosexuales
se dicen cosas idiotas

se orinan en la fuente
se cuelga del brazo de su amante
se murmuran y se ríen.

III

La luna extiende su blanca baba
sobre la ciudad indiferente.

El viejo camina
ruido de tranvías
insectos eléctricos.

La ciudad bosteza
un camión repleto de gente.

Noticias del Imperio.

Crónica mínima de una novela total¹

El 19 de junio de 1867 fue fusilado Maximiliano de Habsburgo en el Cerro de las Campanas; de este hecho y de la novela de Fernando del Paso surgió la idea del presente trabajo.

De un tiempo a esta parte, todo el mundo espera noticias del Imperio, pero sobre todo quienes, por razones dialécticas o por la fatalidad, se han convertido en piezas fundamentales en la confusa historia de México.

Carlota Amelia Victoria Clementina, princesa de Bélgica y emperatriz de México, tras los gruesos muros de un castillo espera por más de medio siglo noticias de su Imperio y a ratos no

1 Publicado originalmente en el diario *Hidrocálido*, el domingo 21 de junio de 1992 y, posteriormente, en el libro *México: tiempos y contrastes*. El texto integra las dos grandes pasiones del profesor Rolando: el estudio de la historia y el recurso de la literatura; porque Del Paso moviliza su vasta cultura literaria y propone una aproximación a la historia desde la ficción y los recursos propios de la poesía. El 14 de noviembre de 2018 murió Fernando del Paso y ahora ambos comparten el río infinito del tiempo con Carlota (nota de Gustavo Meza).

sabe dónde termina la verdad de sus sueños y dónde comienza la mentira de su vida.

Desquiciada o extremadamente lúcida nos traslada con sus monólogos, que forman la columna vertebral de la novela de Fernando del Paso, como un huracán, por la etapa más crucial en la historia de México.

Carlota Amelia Clementina, quien desde las ventanas del castillo de Bouchout ve morir un siglo y con él al Imperio austrohúngaro, un día de junio de 1866 decide jugarse el todo por el todo y se embarca para Europa, dejando en México a Max, al pobre Max, quien, mitad por convicción y mitad por presiones, decide quedarse a defender su efímero imperio.

Parte en búsqueda de un muy remoto apoyo para el imperio que se extingue, dejando tras de sí los campamentos chinacos, desde donde se escuchan aquellas hirientes coplas compuestas por el republicano Vicente Riva Palacio:

La nave va en los mares,
botando cual pelota.
Adiós, mamá Carlota;
adiós, mi tierno amor.

De la remota playa
te mira con tristeza
la estúpida nobleza
del mocho y del traidor.

Después de su fracaso con Napoleón III y con Eugenia de Montijo, se refugia en Miramar, donde la alcanza aquel ejemplo de lealtad perruna, Blasio, y a quien, con la mirada extraviada y ya un tanto perdida en la nada, pregunta, ¿por qué ha tardado usted tanto?

Carlota Amelia de Bélgica sobrevive 60 años a la muerte de Maximiliano y desde su encierro ve desfilar los cadáveres de

Juárez, Lerdo, Porfirio Díaz, Madero, Zapata, Pancho Villa y Napoleón III. Alrededor de su palacio desfila también la muerte sembrada por la Primera Guerra Mundial.

Un día de 1927 fallece, cerrándose así la “última página de un grotesco melodrama personal de sombría grandeza” (p. 638). “El gobierno de Bélgica se las arregla para localizar a seis ancianos octogenarios que combatieron como voluntarios en México, quienes llevaron sobre sus hombros el féretro de la emperatriz hasta la capilla Leaken” (p. 638).²

Al final de la novela, Del Paso se conmueve de Carlota y ayudado por Usigli intenta su expiación:

¡Ah!, si pudiéramos inventar para Carlota una locura inacabable y magnífica; si pudiéramos hacer de la imaginación la loca de la casa, la loca del castillo y dejando que la loca desatada, loca y con alas recorra el mundo de la historia, la verdad, la ternura, la eternidad y el sueño, el odio, la mentira, el amor, la agonía; libre sí, libre omnipotente, aunque al mismo tiempo presa mariposa, aturdida, ciega, condenada, girando siempre alrededor de una realidad inasible, que la deslumbra y que la abrasa y se le escapa, pobre imaginación, pobre Carlota, todos los minutos de todos los días (pp. 644-645).

Porque, al fin de cuentas, Carlota Amelia Victoria Clementina fue una “princesa de la nada y del vacío, soberana de la espuma y de los sueños” (p. 668). “Hoy vino el mensajero a traerme noticias del Imperio y me dijo que Carlos Lindbergh está cruzando el Atlántico en un pájaro de acero para llevarme de regreso a México” (p. 668). Donde espera recibir más noticias del Imperio.

2 Del Paso, Fernando, *Noticias del Imperio*, México, Editorial Dana.

Fernando Maximiliano José, descendiente en línea directa de los Reyes Católicos y de Carlos V de España, príncipe de Hungría y de Bohemia, archiduque de Austria y príncipe de Lorena, con la mirada perdida en el Adriático, también espera noticias del Imperio.

Espera el referéndum de los mexicanos mediante el cual pedían a gritos el establecimiento del Imperio. Por lo que, ni tardos ni perezosos, los “apátridas”, Estrada, Hidalgo, Almonte y otros, se abalanzan “no en pos del voto nacional, sino de su apariencia”.

Espera también el avance de las negociaciones con Napoleón III, quien habría de sostener militar y económicamente al Imperio. Pero sobre todo espera el término del humillante tratado, mediante el cual, al convertirse en emperador de México, tendría que renunciar a todos los derechos de sucesión y títulos nobiliarios en la añeja Europa.

“Amaba tanto sus libros. ¿Debo dejar todo esto a cambio de sombras y mera ambición?” (p. 195). “Pero los pros eran muchos”. Sin embargo, aún se defendía: “el trabajo, la ciencia, y las artes, son más dulces que los destellos de una corona” (p. 200). Todavía recibe en Miramar a don Jesús Terán, enviado por Juárez, quien le manifiesta la inutilidad del Imperio, pues todo es una farsa, las actas de adhesión y la Asamblea de Notables.

Era ya demasiado para Max, demasiadas tensiones y zozobra, “con o sin las garantías suficientes, con o sin el apoyo de Inglaterra, con o sin el voto de la nación, Maximiliano y Carlota habían decidido desde la nochebuena de 1863 aceptar el trono de México” (p. 205).

Fernando Maximiliano José, príncipe de Hungría y de Bohemia, emperador de México por obra de las bayonetas de Napoleón III, quien intenta poner un dique monárquico al destino manifiesto de los *yankees* y a la “siniestra influencia protestante anglosajona”. Con la mirada clavada en un mapa de México, pregunta a su profesor sobre Sonora, Durango,

Parral, Real del Monte y Cuernavaca, donde, entre cantos de aves y el aroma y lujuria de cientos de flores, aguarda Concepción Sedano.

Se decide a dejar su Miramar, aquel castillo construido a raíz de los desprecios recibidos por los militares austriacos por su benevolencia y tendencia liberal con los italianos del norte. Le duele dejarlo, pero al fin se decide. Y como dice Fuentes Mares: “a todos nos han quitado alguna vez un Miramar”.

A su llegada a México, se encuentra que “todo es mentira, Maximiliano –delira Carlota–, fue la mentira, fueron las mentiras las que nos perdieron” (p. 349). Todos le mintieron a Max; los apátridas que le ofrecieron el trono, sin contar para nada con el consenso de los mexicanos; Napoleón el Pequeño, que prometió “pacificar” el país, lo que nunca logró, y no retiró sus tropas hasta 1867; el alto clero, que tras su adhesión al Imperio, escondía la ambición de recuperar sus bienes perdidos con las Leyes de Reforma; los *yankees*, que ofrecieron neutralidad en un principio, y hasta Carlota, que con una mezcla de ambición y soberbia vislumbra un futuro mejor en la lejana América que en la vieja Europa.

Maximiliano decide confirmar, para desengaño y enojo de conservadores y el clero, todo lo establecido en las Leyes de Reforma, con lo que reconoce de manera legal el Estado conformado por Juárez y los liberales, convirtiéndose con ello automáticamente en usurpador. Por lo que un día (escribe Fuentes Mares), “traicionado por Napoleón, abandonado por su familia, enemistado con el papa, engañado por los conservadores, decide encerrarse en Querétaro”. Lo acompañan sus lugartenientes, quienes en sus nombres portan la fatídica “M” que habría de perseguirlo toda su vida: Miramón, Márquez, Mejía, Méndez, Miguel (López el “traidor”) Miramar, México y, a fin de cuentas, la Muerte.

Encerrado en Querétaro, sin esperanzas de recibir ayuda, no se decide a jugarse la última carta como aconsejaban sus

generales: batir al enemigo por separado, no permitirle que consume el cerco. Después de 60 días de resistencia, por fin cae el Convento de la Cruz, cuartel de Maximiliano, a manos de las fuerzas republicanas que fueron guiadas por su compadre Miguel López, quien por traición o consigna del emperador lo entrega. La tragicomedia termina en el Cerro de las Campanas, donde caen “tres hombres que salvan su honor con la belleza de la muerte”. Era un 19 de junio de 1867.

También Benito Juárez García, desde su carruaje negro convertido en Palacio Nacional, con la mirada clavada en el desierto, espera impasibles noticias del Imperio. A orillas del río Nazas, después de “dar el grito” un 15 de septiembre, recuerda con nostalgia su niñez y su juventud de huérfano en Oaxaca, la ausencia de Margarita y la muerte de sus hijos.

Mientras, en Dolores, “el austriaco” daba también “el grito”, vestido con la indumentaria de charro. Juárez medita en voz alta: “A veces me veo yo mismo en una llanura polvorienta, siempre en mi calesa negra seguida por los once carrromatos jalados por bueyes donde viajaba el Archivo de la Nación que ahora se quedó en una cueva” (p. 319). “Y aquí estoy yo en Paso del Norte, sin Cuerpo Diplomático, sin Congreso, sin Ejército y mi Silla Presidencial es ésta, una silla de capulín, con asiento de bejuco” (p. 321). Aunque, “Mientras los franceses ganaban cien batallas inútiles, la República subsiste en Paso del Norte” (F. Mares).

Repasa meticulosamente el informe que sobre Maximiliano le rinde su secretario. Con su sobriedad característica da un rápido, profundo y erudito recorrido por la historia europea y sin dejar su buen humor aprovecha para dar, a través de su “sabrosa plática”, una repasadita a las intrigas y chismes de moda en las cortes europeas: los posibles amoríos de la archiduquesa Sofía y el duque de Reichstadt, hijo de Napoleón I y María Luisa de Austria, que, de resultar cierto, Maximiliano vendría a ser nieto del gran corso.

De las infidelidades de los monarcas europeos, como una posibilidad, según su señor secretario, de darle una lavadita a tanta sangre envenenada por tanto incesto y matrimonio político; pero sobre todo, la plática se centra en la obsesión de Juárez acerca del aspecto físico de Maximiliano: alto, barbado y rubio. “Nos salió bonito el archiduque” (p.162), en un país de analfabetas que desde siglos esperan el regreso de Quetzalcóatl.

Benito Pablo Juárez García, descendiente de los indios zapotecas de la sierra de Ixtlán, quien un día tuvo que negar el perdón a Maximiliano, a quienes lo solicitan antes de realizarse el juicio y a quienes se encargó de señalarles lo inexorable de las leyes; quien tuvo que denegar el indulto a la princesa extranjera que fue hasta San Luis a suplicarlo y a quien señala que “aunque todos los reyes y todas las reinas estuvieran en vuestro lugar, no podría perdonarle la vida, porque no soy yo quien se la quita, es el pueblo y la Ley que piden su muerte” (p. 572). Un día lo sorprende la muerte en Palacio Nacional, “falleció de angina de pecho y con el pecho en carne viva a las once y media de la mañana del día 18 de julio de 1872” (p. 627).

Y nosotros, que desde hace tiempo esperamos noticias del Imperio. Quienes amamos el estudio de la historia y el recurso de la literatura como posibilidad de creación y recreación. Porque, a fin de cuentas, como señala Milan Kundera, “la novela es el territorio en que nadie es poseedor de la verdad, pero en el que todos tienen derecho a ser comprendidos”;³ o como dice Del Paso que manifiesta Borges: “que le interesa más que lo históricamente exacto, lo poéticamente verdadero; pero más aún, tratar de conciliar todo lo verdadero que puede tener la historia con todo lo exacto que pueda tener la invención” (p. 641).

Curiosa mezcla ha resultado cuando la literatura se nutre de la historia y la historia tiende a volverse literatura. “En lugar de hacer a un lado a la historia, colocarla al lado de la

3 Kundera, Milan, *El arte de la novela*, México, Editorial Vuelta, 1988, p. 147.

invención, de la alegoría, e incluso al lado de la fantasía desbordada”, (p. 641) continúa disertando Del Paso.

Por todo ello, ya hace tiempo que esperábamos noticias del Imperio, pero sobre todo desde mayo de 1987, cuando leímos en *Proceso* la entrevista hecha a Del Paso en París: “ningún libro me había costado tanto trabajo como éste [...] fueron años de ardua investigación histórica y de un profundo enamoramiento por Carlota”, confiesa después.

A diferencia de lo que Del Paso dice de la aventura de Maximiliano y Carlota, que nació muerta, nosotros afirmamos que su novela nació viva y por ello nos sentamos a releer y a tratar de encontrar más noticias del Imperio.